

DÉBIL LUZ

GUADALUPE GONZÁLEZ HERNÁNDEZ

Estaba cansada, llevaba la mitad de la noche soportando gruñidos ronc y graves, empujes y presiones bruscas; ya me había hartado. Pero aún debía terminar la jornada o Madame se enfadaría. Después me iría a casa y dormiría como piedra. Eso me consolaba.

Un hombre calvo me veía fijamente desde el otro lado de la calle, me hizo una señal obscena, para luego acomodarse el cuello alto de su traje de terciopelo negro. Cerré los ojos, pues ya sabía a qué venía aquello. En cuanto los carruajes terminaran de cruzar, iríamos al cuartucho que me correspondía para trabajar, él bombearía y bombearía hasta eyacular, dejaría la cuota correspondiente (unas quince libras más o menos) y se largaría. Ni siquiera necesitábamos prepararnos.

- ¿Estás libre? —me sobresalté. Una calesa elegante habíase detenido frente a mí, y mi interlocutora era una mujer joven.
- S-sí. ¿Se le ofrece algo? —observé nerviosamente que el hombre se disponía a cruzar mientras manoseaba un reloj de bolsillo.
- Sube, por favor.

No me lo pensé, y en un segundo estuve a su lado y cerré la portezuela. El cochero azuzó a los caballos y emprendimos la marcha. ¿Qué estaba haciendo?, pensé. Podía ser riesgoso, tuve intención de bajarme.

- Oiga, estoy trabajando y no puedo dar paseos...
- Te pagaré, no te preocupes —aseguró con una etérea sonrisa de dientes blancos. La clase de sonrisa sugerente que yo sabía que gustaba a los hombres. Su tez morena y ojos oscuros, casi gitanos, eran bellos y cautivadores. No hice más preguntas y me removí en mi asiento, bastante confundida.

Era muy raro que las damas buscaran prostitutas, a menos de que fueran para sus esposos. Había oído de aquellas cosas, donde unas tres o cuatro personas lo hacían indistintamente al mismo tiempo. Por lo visto se estaba volviendo calladamente popular, aunque a mí nunca me había tocado.

Llegamos a una residencia gigantesca de magníficos jardines. El perfume nocturno acarició mi nariz cuando bajamos.

- Por aquí —la seguí al interior, su esplendor me dejó muda. Subimos escaleras y atravesamos galerías hasta que ella abrió una puerta doble y me dejó pasar. En la penumbra, distinguí la cama al centro con sus altos postes y

cortinas. Ella estaba cerrando la puerta y se quitaba el sombrero, soltándose el cabello. Desorientada, pregunté:

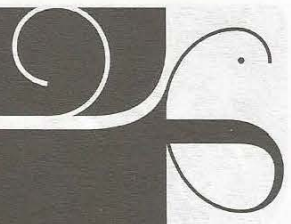
- ¿Y su marido? —una luz amarillenta y tenue se encendió en una bombona de cristal.
- ¿Marido? —se rió suavemente, y por alguna extraña razón, mi piel se erizó. Se me acercó mucho, tanto que podía ver sus pupilas contraídas por la luz—. No estoy casada. Tranquila —puso sus dedos sobre mis labios, los retiró y luego me besó despacio, lento, hasta que me relajé.

Nunca me había besado una mujer y fue sorprendentemente agradable. En el trabajo nadie me besaba así, era impensable. Su lengua cálida se abrió paso y mi boca actuó sola. Levanté mis manos y las hundí en su cabello fragante. Se sentía bien. Su mano tanteó mi espalda y desabotonó el vestido ligero que llevaba. Me estremecí cuando serpenteó por entre mis omóplatos. Ella se separó y mirándome intensamente desató la cinta superior del corsé. Corrí literalmente a ayudarle. Con un último tirón, la prenda cayó a sus pies, liberando su torso y pechos. Supe lo que debía hacer. Lo pedía a gritos silenciosos. Era totalmente diferente a lo que siempre había realizado. Lamí aquella piel de seda, aquellos montículos cuyos pezones se endurecieron para deleite suyo y mío. Ella exhaló débilmente y le quité la falda. Sus bragas estaban mojadas ahí, cual rocío de primavera empapando los pétalos de su intimidad. Deseché también mi vestido. En mi profesión era un estorbo la ropa interior.

Con su pierna entre las mías, la besé de nuevo, bajando la única tela que quedaba entre nuestras pieles desnudas. Sus ojos oscuros brillaron de satisfacción al notar me tan húmeda, casi tanto como lo estaba ella. Tomó una de mis manos y la hizo deslizarse más allá de su pubis. Ahí sentí una protuberancia erecta y con la suavidad del terciopelo; ardiente como el fuego. Quería que se la tocara, guiándome con manos expertas primero. Lo hice una y otra vez, y cada vez que lo hacía se estremecía, gimiendo con una voz queda y tierna que me nubló la mente. Empecé a frotarme sobre su pierna, no podía aguantar más estar quieta, uniéndome así a su ritmo de placer. Hacía siglos que no experimentaba nada parecido, tantos que ya casi había olvidado cómo era la unión de dos cuerpos engeguedidos por la fiebre que nos devoraba a las dos, haciéndonos ir más y más rápido.

Gritó agudamente justo cuando yo sentía que explotaba vibrantes pedazos unidos solamente por el recuerdo de que tenía un cuerpo indivisible. Me tendí poco después a su lado, jadeante. Ella aún gemía, pero luego se volvió mirándome con los ojos entreabiertos. Sonrió y me mordió en los labios. Tenía las mejillas arreboladas, y una leve capa de sudor cubría su rostro en éxtasis. La abracé a mi vez y le devolví el beso a su boca rosada.

Esa mañana regresé temprano a mi casa. Mis hermanitos aún dormían su larga noche, que para mí —haciendo el amor incontables veces con una mujer, y no trabajando— había sido de lo más corta. La recámara de mis padres estaba vacía. Papá había muerto en un accidente en los muelles y mamá trabajaba desde el alba como criada en una casa rica. Saqué las mil libras que la mujer me había dado. Los billetes eran nuevos; había insistido en que los aceptara a pesar de mis quejas. ¿Por qué demonios debía tomarlos cuando dejé de considerarlo un trabajo? Su calor y su sexo eran un regalo. Aparté el dinero correspondiente a Madame y guardé el resto. Servirían para leña y lo necesario, de acuerdo. Duraría mucho tiempo y hasta podría comprarles dulces a los pequeños, aunque nada comparado con la dulzura del sabor de aquella dama.



Sm TÍTULO 2, Vera Saldívar.

